

La Candidatura Alessandri o Jibarización del Destino de Chile

por
CLAUDIO ORREGO V.

EL DEBATE político debiera ser siempre, el gran espejo de la conciencia nacional. El enfrentamiento diario de cada una de las alternativas de construcción social y el examen de conciencia periódico acerca del destino de la colectividad nacional.

Si en un sistema democrático la historia se va construyendo a diario, los hitos de referencia que son las elecciones generales debieran ser estos grandes puntos de reflexión colectiva. En ellos, la nación, en un profundo acto de reflexión lúcida, debiera enfrentarse a las diversas alternativas para la construcción de su futuro próximo. Pero más que eso. Debiera detenerse, además, a interrogarse sobre su razón de ser, sobre su pasado, sobre su porvenir, sobre sus valores y sus defectos, sobre sus potencialidades y su presente. Ese es, sin duda, el único sentido racional y propiamente humano de un acto democrático responsable.

No obstante, ese ideal democrático dista de verse reflejado en la práctica. Al enfrentar Chile una campaña presidencial, los vicios de nuestro sistema político salen a la superficie, con el agravante de que ellos son encarnados en aspirantes a la Presidencia de la República, máximo puesto de comando de una comunidad organizada. Por estas razones, quisiera abordar en estas líneas la actitud, y el pensamiento del candidato derechista, don Jorge Alessandri.

El país se encuentra en una encrucijada decisiva de su historia: el punto de despegue económico, la incorporación acelerada a nuestras actividades de la ciencia, la técnica y el entrenamiento profesional y la competencia del mercado regional andino. Lo que se haga o se deje de hacer en los próximos seis años, puede ser de una gran trascendencia para nuestro futuro y tener consecuencias decisivas en el destino de nuestra economía y nuestra sociedad. Todo esto

acompañado de múltiples políticas relacionadas con la compatibilización del desarrollo económico y del desarrollo social, y la solución dinámica de nuestras tensiones sociales con el perfeccionamiento del régimen democrático.

En otras palabras, el país debe enfrentar en la década del setenta una encrucijada decisiva de su historia. Si ella se resuelve con grandeza, con imaginación creadora, con mística nacional, con fe en Chile y en su pueblo, tenemos nuevamente la posibilidad de llevar a nuestro país al sitial que ocupara antaño entre las naciones americanas. Si se le enfrenta con repetición sistemática de procedimientos fracasados, con desconfianza en nuestra potencialidad nacional, con sed de venganza y predominio de clase, con recursos efectistas y electoreros, en suma, con visión de despachero de emporio pobre o de economía de dueña de casa, nuestro destino es seguir perdiendo terreno en la carrera de las naciones hacia el prestigio y la prosperidad.

Antes de seguir adelante, quisiera hacer una aclaración previa. Frente a este desafío, ciertamente, las respuestas pueden ser muy variadas. Pueden ser de tipo conservador individualista, pueden ser totalitarias y colectivistas, y pueden ser democráticas y comunitarias. Dentro del pluralismo de una sociedad como la nuestra, nadie puede ser excluido a priori por las ideas o principios que sustente. Pero todas las opciones deben estar basadas en un mismo común denominador: comprender la coyuntura en su exacta dimensión y abordarla con criterio moderno, creador. En el mundo contemporáneo existen los nuevos conservadores, como De Gaulle y Pompidou, los socialistas racionales como los yugoslavos, los checos de Dubcek y los rumanos, con los cuales ciertamente se puede discrepar en sus apreciaciones y principios, pero a los cuales no se les puede negar su capacidad para

conducir sus respectivas naciones en la última curva del siglo veinte.

Desgraciadamente, el candidato derechista, señor Alessandri, además de sus convicciones conservadoras (que no lo descalifican) agrega una visión definitivamente empequeñecedora de la realidad nacional y un pensamiento económico-social dolorosamente anticuado.

Sus discursos programa, su planteamiento frente al cobre y sus planteamientos políticos en las giras, nada de esperanzador dejan entrever. A pesar de los esfuerzos publicitarios por vender una imagen renovada del anciano político, las viejas concepciones de la derecha clásica no pueden ser ocultadas y en cada concepto van dejando aparecer sus sombras inconfundibles.

Si nos detenemos tras sus principales ideas fuerzas, podremos comprender por qué, el ex Presidente de la República, ciertamente encierra un peligro para nuestro destino, que todavía no se percibe en toda su magnitud dado el tono actual del debate y el esfuerzo de algunos de circunscribir la polémica a la injuria y la calificación personal de los candidatos.

Lo más sustantivo está en su diagnóstico de Chile y de los males que lo aquejan y de las medidas que necesita su recuperación. Ciertamente, el tema es decisivo y de la mayor trascendencia. En él se delimita la concepción global de la política a seguir. ¿Y con qué nos encontramos? Con tres ideas matrices: la politiquería, la demagogia y el derroche público.

En un debate estrictamente político, podría discutirse la autoridad moral del candidato derechista para plantear las tres variables, estando todavía fresco el recuerdo de su sexenio presidencial y de la actitud por él mantenida frente a esos fenómenos. Pero no es ese el objetivo de estas líneas. Lo que nos interesa es dilucidar si, objetivamente, el diagnóstico del señor Alessandri tiene alguna significación real para el país y si apunta a las raíces profundas de los fenómenos o sólo a sus consecuencias y apariencias.

No podría dejar de negarse la existencia real de desbordes e irresponsabilidades en los cuadros políticos de los partidos representados en el Congreso Nacional. La falta de objetividad en el juicio, la falta de seriedad en muchas afirmaciones, la tentación barata de halagar electores más que de asumir responsabilidades y, en muchos casos, hasta la cobardía moral, son vicios demasiado evidentes y publicitados por los medios de comunicación de masas, como para cerrar los ojos ante la evidencia. Por lo demás, de ahí surge el principal descrédito de

la función democrática de la institución parlamentaria y de la acción política. Pero ciertamente, que ellos no son sólo problemas de moral individual que la palabra inspiradora o la acción rectificadora de un profeta incorruptible pueden llegar a resolver.

La politiquería y el manejo irresponsable de los asuntos públicos, derivan, fundamentalmente, de las estructuras políticas vigentes, de los cuadros de poder de nuestra sociedad y de las tensiones que el actual estado de desarrollo le plantean al país. Son estructurales más que morales, sin por ello dejar de considerar la importancia de las actividades individuales en el desarrollo de la vida política. Los vicios políticos encarnados en las personas de los políticos son, en parte importante, el reflejo de los vicios morales e intelectuales de los chilenos que eligen, presionan y juzgan a sus representantes. Los vicios políticos del sistema no dependen tanto de las intenciones ni de la moralidad de las personas individuales, si no que de la funcionalidad o disfuncionalidad de las estructuras políticas y sociales en relación a las necesidades de nuestra sociedad en el momento presente.

Los problemas en esta materia son de múltiples características y requieren definiciones precisas en cada uno de los puntos para alcanzar la eficiencia que la sociedad requiere de su sistema político. Por ejemplo, tenemos la doble dependencia del movimiento social de los partidos políticos, debido a su debilidad y a su falta de representatividad y de los partidos políticos de las masas electorales inorgánicas que presionan sin abrir posibilidades de diálogo racional. Tenemos el problema del alejamiento progresivo de las élites intelectuales de la problemática y las angustias del hombre medio. Tenemos el problema de la ineficiencia innovadora de los empresarios y de la irracionalidad reivindicativa de los sindicatos. Tenemos el problema de la falta de solidaridad de los diferentes sectores sociales para alcanzar el mayor esfuerzo conjunto para el desarrollo nacional compatibilizado con el progreso particular de todas las partes y la equitativa distribución del producto común. Tenemos el problema cultural de una nación más habituada a la ley de la selva que al respeto consciente del interés y del patrimonio común. Tenemos el problema de la identificación nacional en un programa mínimo común que haga posible la solución de nuestros problemas más apremiantes y de aquellos que afectan por igual a todos los chilenos cualesquiera que sea su concepción ideológica o política. Tenemos el problema del reconocimien-

to efectivo de la igualdad de todos ante el desarrollo y la dignidad de vivir. ¿Para qué seguir?

No obstante todas esas causas profundas que producen nuestra crisis y la disfuncionalidad relativa de nuestro sistema político, nada dice el candidato de derecha. Y no obstante es la solución de esos problemas lo único que nos puede llevar a reconquistar nuestra solidaridad nacional y el consenso político que ponga fin a la politiquería y a la demagogia. Lo demás es hacer moralismo sin trascendencia y llevar a engaño a todo un pueblo sobre la raíz verdadera de sus problemas. Es más, es desacreditar gratuitamente al sistema democrático sin proponer ninguna salida que lo perfeccione y lo consolide. Es criticar la democracia para llevarnos a la dictadura por el desengaño popular, o a la revolución social por odio y desesperanza.

No obstante esa evidencia, el candidato derechista insiste en la denuncia moral de un problema que tiene otras raíces y que, por eso mismo, él no pudo enfrentar con eficiencia en su anterior administración a pesar de haber llegado a la Presidencia con un planteamiento caldado del actual. Su idea matriz no resuelve, en suma, ningún problema real, pero le permite aspirar al apoyo de aquellos sectores de opinión pública que prefieren encerrarse en el desprecio a los políticos antes que de enfrentar sus verdaderas responsabilidades.

Al hacer de la lucha contra la politiquería y la demagogia el leit-motiv de su campaña, el candidato derechista se abre una importante veta electoral, pero no aporta nada a la salud moral de Chile ni al perfeccionamiento de su sistema democrático. Sólo escabulle el bulto y se asegura su capital electoral, el cual también es precario según sea el nivel de racionalidad con que el electorado enfrente la próxima contienda.

En lo referente al derroche público, su argumentación tiene dos vertientes. Uno de corte apologetico, destinada a demostrar que este Gobierno pudo hacer una obra superior a la suya, gracias a que dispuso de mayores recursos fiscales, como si la política financiera del Estado fuera la resultante de golpes de buena suerte y no de decisiones humanas. La otra es de corte principista y se podría resumir en la afirmación de: el destino de Chile para el presupuesto nacional y no el presupuesto nacional al servicio del destino de Chile.

De la primera no nos haremos cargo, porque sale de las intenciones de este artículo. La segunda, en cambio, reviste en términos absolutos la pobreza de su planteamiento, teniendo su máxima expresión en lo relativo a su concepción de las relaciones internacionales de Chile.

Según el señor Alessandri, la política exterior debe acondicionarse a las posibilidades materiales de un país pequeño como el nuestro, y no incurrir en acciones que la saquen de esta vieja tradición nacional. ¿Algo más claro de que es el hombre el hecho para el sábado y no el sábado para el hombre?

El presupuesto nacional es el instrumento que una nación se da para enfrentar sus necesidades y crear su propio desarrollo. Ciertamente que éste tiene limitaciones coyunturales y efectos técnicos variados sobre la suma de las actividades nacionales y, por lo tanto no puede crecer en forma indiscriminada. Pero también es cierto que las necesidades presupuestarias surgen, fundamentalmente, de lo que se conciba como el deber del Estado en la tarea de satisfacer aspiraciones legítimas y de abrir perspectivas para el país. En otras palabras, este es el reflejo de lo que se quiere que el país sea y del esfuerzo que se considera necesario para alcanzarlo.

A una visión jibarizada del destino nacional, ciertamente que corresponde una visión hogareña del presupuesto nacional: disponemos de tantos recursos y, por lo tanto, sólo podemos aspirar a hacer tales y cuales cosas, y a ser de tal y cual porte. El mayor esfuerzo, el desafío colectivo, la obligación de superarse para realizar la propia visión de uno mismo, ¿dónde quedan?

Ese es el pecado capital de la candidatura de Derecha. Me atrevería a decir hasta su crimen contra Chile y el futuro de las nuevas generaciones. Ahí está su discrepancia objetiva con el mundo nuevo y juvenil de nuestra patria que, ciertamente, puede aspirar a mucho más que a una existencia raquítica y provinciana.

Chile necesita enfrentarse con realismo a un destino que por don de la naturaleza divina, le permite aspirar a muchísimo más que a una dolorosa sobrevivencia de nación insatisfecha y acomplexada. Los chilenos no deben ser llamados a la autocompasión de su propia miseria, sino que impulsados a un esfuerzo generoso que, de acuerdo a nuestras posibilidades, lo hagan alcanzar el nivel de dignidad y progreso a que tiene derecho.

He sostenido en mi libro «Solidaridad o Violencia, el Dilema de Chile», que no hay ninguna postura política que no vaya acompañada de una visión de la historia de su país. Visión que se traduce en un juicio valorativo sobre el pasado y en una proyección de éste hacia el futuro. ¿Hay algo en nuestro pasado que no sea la demostración inequívoca de que nuestra grandeza se construyó siempre sobre la base de la

imaginación creadora y la audacia de sus gobernantes y por el esfuerzo colectivo de su pueblo, basado en una auténtica solidaridad nacional? ¿Por qué, entonces, abandonar lo más profundo de nuestro legado histórico y negarnos a encarar en igual forma el desarrollo de nuestro destino nacional?

Estoy convencido que el debate político en la próxima campaña presidencial debiera tener como línea divisoria de las posiciones, este punto neurálgico: ¿Vamos a jibarizar el destino nacional para halagar a los que postulan el menor esfuerzo o vamos a enfrentar el mayor esfuerzo que significa darle a Chile la grandeza que se merece?

Cada día estoy más convencido que ese es el punto principal de nuestra discrepancia política entre las diversas corrientes ideológicas. Todo el resto del debate fluye de esa premisa y de esa decisión fundamental. A la respuesta negativa, basta con sentarse ante el muro de los lamentos e interpretar lo más pequeño e irrelevante de nosotros mismos, para tener opción

política. A la respuesta afirmativa, corresponde apelar a lo mejor de cada chileno, a lo más noble de su ser y a lo más activo de su inteligencia y de su corazón, para formular un programa y encabezar un movimiento que se iguale a nuestras mejores gestas del pasado.

En esa materia, la candidatura del señor Alessandri ha hecho ya su opción: jibarizar nuestra visión de Chile y apelar, en consecuencia, a lo más egoísta, pequeño e irrelevante de los chilenos para entregar una paz ficticia que se estará construyendo sobre la castración de toda una nación. La politiquería, la demagogia y el derroche fiscal, manejados en la forma en que están haciendo, son los símbolos vivos de un Chile resignado a un destino pobre, carente de toda grandeza y al servicio de aquellos que ya se miran más en las civilizaciones de alto consumo que en la esforzada existencia de quienes quieren surgir, esforzarse y enfrentar su porvenir con el viejo vigor chileno que no temió ni la sangre, ni el desierto, ni los hielos ni el mar para abrirnos la dignidad de ser hombres libres.

La Revista "Política y Espíritu" es, en cierto modo, la cuna del pensamiento democratacristiano en Chile y en gran parte en América.

Ella ha visto florecer y madurar los mejores valores del movimiento.

Actualmente sus páginas reflejan la riqueza y variedad, en libertad, del pensamiento actual y de los aportes tumultuosos y vibrantes de las nuevas generaciones.